

LAS TOMAS DE LAS EMBAJADAS



Llevamos casi veinte días desde la toma de las Embajadas. La de Costa Rica se resolvió rápidamente con cierto descrédito de los que la habían tomado. La de Venezuela sigue ocupada, pero ayer quedó en libertad el Embajador, aunque en contrapartida quedó atrapada su esposa en una acción todo menos clara. Como es sabido, las tomas de las Embajadas son parte de la protesta del Bloque Popular Revolucionario por la captura de cinco de sus dirigentes en los últimos días de abril.

Analicemos más de cerca todo este suceso de las Embajadas.

Las tomas de Embajadas no es algo tan raro en nuestros días. Es un modo que utilizan distintos grupos de protesta para hacer sentir internacionalmente su existencia y para lograr la intervención de Gobiernos extranjeros en asuntos que afectan a los grupos que protestan. Suele ser un medio útil para llamar la atención y un medio más bien ineficaz para conseguir resultados prácticos. En nuestro caso está demostrándose ser un medio ineficaz para conseguir la libertad de los tres desaparecidos y ya empieza a ser un medio contraproducente, al interior y al exterior del país, para llamar la atención sobre los graves problemas nacionales. Pocas dudas quedan de que la prolongación de la toma de las embajadas empieza a ser contraproducente para los fines que con la toma se pretendían.

Hasta ahora los miembros del Bloque que ocupaban las Embajadas no han extremado su violencia; no han considerado a los miembros de las Embajadas como rehenes ni les han amenazado con pérdida de la vida. Al parecer esos miembros están armados, pero lo están aparentemente sólo confines defensivos. Sin embargo, los casos de las Embajadas de Costa Rica y Venezuela indican que su capacidad para controlar la situación deja mucho que desear. En estas condiciones llevar las cosas a extremos de desesperación por la dirigencia del Bloque sería un craso error. Todavía se está a tiempo de negociar, todavía se está a tiempo de salir airosamente del embrollo en que se metieron.



Todavía, en efecto, el Gobierno y los países afectados parecen seguir en disposición de dar salvanconductos a los ocupantes para abandonar el país. Aceptar esta medida no parece ser algo deshonroso para el Bloque; consiguieron ya una parte de sus objetivos y no parece posible conseguir de momento más; en caso de que aceptaran podrían hacer ver al mundo y también al país que el Bloque no es propiamente un grupo terrorista y que es un grupo razonable, mientras que si no aceptan, se exponen a entrar en el camino de la violencia sangrienta, con la cual desprestigiarían nacional e internacionalmente su tarea política y toda la actividad del Bloque. Juegan la ventaja de la paciencia de los Gobiernos en cuestión, incluido el de El Salvador, que hasta ahora no han querido intervenir violentamente; pero esa ventaja puede dejar de darse, amén de que una prolongación de la actual situación no lleva a ninguna parte. En vez de noticia se convierte en rutina ineficaz, como es el caso de la ocupación de Catedral.

Quedaría por negociar el que los ocupantes fueran entregados a la Cruz Roja y no fueran obligados a abandonar el país. Sería un gesto de generosidad por parte del Gobierno de El Salvador, que lo podría capitalizar como prueba de su fuerza y como verificación de su deseo de apertura y diálogo. No creemos que el Bloque tenga actualmente fuerza para conseguirlo, pero el Gobierno podría salir airosa de la situación concediendo esa especie de amnistía reducida.

Como quiera que sea hemos llegado a un momento en que 1) se han conseguido por parte del Bloque algunos objetivos importantes; 2) no se justifica la ulterior detención de los miembros de las Embajadas; 3) se van cerrando cada vez más las salidas racionales; 4) los ocupadores de las Embajadas van perdiendo el control de su propia situación. No queda, pues, sino negociar y negociar rápidamente. Resolver el problema a tiros no causaría sino males para todos.